



Discurso pronunciado en la Apertura del III Congreso Argentino de Oftalmología

POR EL

Dr. Lisardo Novillo Saravia

Interventor de la Universidad Nacional de Córdoba

Excmo. Sr. Interventor Federal de la Provincia, representante del Excmo. Sr. Presidente de la Nación; Sr. Presidente del III Congreso Argentino de Oftalmología; Sr. Delegado-Interventor de la Facultad de Medicina; Sres. Ministros de Gobierno y Hacienda; Sres. Delegados de las Facultades e instituciones de la Argentina y de las naciones hermanas de América; Sres. Congressistas; señoras y señores:

La Universidad Nacional de Córdoba, os presenta, señores Congressistas, su saludo de bienvenida.

Llegáis de distintas y apartadas comarcas del continente, con las credenciales de vuestra suficiencia y con la investidura de calificadas representaciones.

Peregrinos del ideal grandemente cristiano y humano de aliviar el sufrimiento y la desgracia, llegáis hasta aquí, a poner vuestro saber y vuestro sentir bajo los auspicios de esta vieja Universidad, que, desde la emipencia de sus trescientos años de existencia, os recibe como maestros del saber, en la ciencia de la luz en los ojos y en el alma y como embajadores efectivos de esa alta política americana, llamada a aproximar espiritualmente a los pueblos, que en esta parte de América deben formar la comunidad de las naciones.

Comunidad de las naciones por el origen, por la raza, por la

religión, por la historia, por el destino; comunidad por los vínculos materiales de la industria y el comercio y sobre todo, por la labor de la inteligencia creadora y por el esfuerzo que forja e incrementa el bienestar de los hombres y de los pueblos.

Es una manifestación de la tendencia socializante de esta época, la solidaridad de los hombres de ciencia, que no se conforman con la palabra impresa, capaz de difundir el pensamiento a todos los rumbos, sino que buscan en congresos y conferencias, el intercambio y control de las propias meditaciones e investigaciones, con las que realizan otros en esa cadena sin fin de los conocimientos humanos.

Y tienen tal importancia estos congresos y conferencias, que en el desenvolvimiento y progreso de las distintas ramas del saber, constituyen etapas; son como jalones que van marcando el paso de las grandes conquistas; de tal modo, que en ese orden nos referimos a ellos, como los griegos se referían a los juegos olímpicos para ubicar en el tiempo los acontecimientos memorables de su historia.

Este Congreso tiene asegurado el éxito por su organización y composición; la ciencia oftalmológica se enriquecerá con el aporte de estudios y conclusiones, cuya importancia se puede medir por la calidad de las firmas que los suscriben y de los que están llamados a discutirlos y aprobarlos. Es un honor para Córdoba, que sea su sede y lleve su nombre; y un prestigio más para esta Universidad, que lo presida con suficiencia uno de los profesores más capacitados en la profesión y en la docencia.

Frente a vosotros y como acto de justicia a la abnegación y sacrificio de haber dejado vuestra actividad profesional, vuestra familia, vuestro pueblo, digo que la ciencia no tiene patria, porque, fruto de la actividad e investigación de los hombres de todas las épocas y de todos los lugares, sus progresos, sus conquistas, sus aplicaciones, pertenecen a la humanidad, que día a día ve enriquecerse su patrimonio y ampliarse su horizonte intelectual en una sucesión indefinida de nuevos y maravillosos descubrimientos.

Ya no existen el espacio y la distancia y la naturaleza ha dejado de ser avara de sus secretos y misterios; el hombre la ha do-

minado y vencido; y sin embargo, jamás se ha visto ni más solo, ni más inerte en el conjunto inmenso de los seres y de las cosas.

¿Qué valen vuestros afanes y preocupaciones, vuestros generosos sacrificios para aliviar los sufrimientos y prolongar la salud y la vida, si los hombres las han de perder a millones en los campos de batalla, no por un ideal de mejoramiento humano, sino por la ambición de predomios excluyentes en ensangrentadas contiendas económicas?

El presente es sombrío e inquietante y el porvenir se ofrece como incierto y angustioso. ¡Qué justificada se presenta esa sensación de dolorosa inquietud que domina a los espíritus, obligados a marchar por la senda que los pueblos han de recorrer entre lágrimas y dolores o entre satisfacciones y esperanzas! El porvenir está grávido de promesas y amenazas; por eso halaga, consuela y fortifica, el espectáculo de esta asamblea internacional de hombres de ciencia, reunidos para fijar conclusiones, mejorar métodos y hacer posible que los hombres sean más felices y que los pueblos se confundan en una aspiración común, de modo que alguna vez sea posible ese ideal de fraternidad cristiana, que un pensador ha concretado, diciendo, que la humanidad debe ser como un solo hombre, que viva y progrese perpetuamente.

Señores congresistas:

Os he presentado el saludo de la Universidad; con el mismo título, ya que ésta es exponente de sus valores intelectuales y morales, os presento igualmente el saludo de Córdoba, cuyas vibraciones de vida y acción habéis de sentir y apreciar, no sólo en sus claustros universitarios y en sus aulas de investigación y estudio, sino también en su gravitación sobre los demás pueblos de la República, en el significado de sus templos y monumentos, en su cultura y sociabilidad y hasta en el bello espectáculo de sus azuladas serranías.

Señores congresistas: estáis en vuestra casa.

23 de octubre de 1944.